



Luano Chaves

A I S L A D O

LA HORA DE LOS CULPABLES 2

Aislado

La hora de los culpables 2

Luano Chaves

© Luano Chaves, 2015

1ª edición: Madrid, Diciembre 2015

ASIN:

Aislado. La hora de los culpables #2.

luanochaves@gmail.com

Twitter: @luanochaves

Blog de contacto:

<http://veredatintada.blogspot.com.es/>

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Este libro es la continuación de Encerrado. Para comprender todos sus secretos, recomiendo leer la primera parte de La hora de los culpables, que puedes encontrar en Amazon.

<http://www.amazon.com/dp/B0165VI8TC/>

Domingo por la tarde

Mi pasión con el whisky DYC era la perdición en domingos como aquel, en los que las copas se convertían en la única compañía para suplir la tristeza de mi existencia. No es que Nico hubiera sido el amor de mi vida, pero me hizo apartar todo lo malo que me rodeaba durante un tiempo, bastante más del que esperaba, pero tenía que reconocer que lo usé para calmar mi obsesión casi enfermiza por Mario. De cualquier manera, lo importante fue que relajé a su lado, y todo pareció ordenarse en mi caos, con una comodidad falsa que había cedido por su propio peso.

Sin duda siempre supe que la conclusión llegaría tarde o temprano. Éramos demasiado distintos y al final la relación estalló, nos hartamos uno del otro, lanzándome de nuevo a los más bajos fondos del ambiente de Madrid. Lo único que me quedaba era su recuerdo, y la cruz de plata que le regalé al mes de estar juntos, y me había devuelto con la cadena de Mario.

—Otra copa de lo mismo —le dije al camarero.

—¿No crees que es suficiente, Alejo? —respondió con confianza, la que le daba haberme visto varias veces.

—Es lo que me apetece hoy.

—Eres un bicho raro, vienes a una sauna a emborracharte, cuando tienes a veinte tíos babeando por ti —comentó haciendo un gesto con la cabeza hacia la zona oscura.

—Hoy no quiero follar.

—Pues cuando te levantes, van a ir como las abejas a la miel de lo que tienes entre las piernas, rubiales, estás muy bueno —al escuchar esa manera de tratarme, empecé a pensar que quizás iba demasiado a esa sauna.

—Exageras, pero supongo que es tu trabajo —bromeé.

—¿Yo? Soy bastante sincero.

—Y muy profesional —le alabé girándome.

Me coloqué la toalla, lo único que llevaba, bien fuerte a la cintura. Alrededor unos cinco hombres esperaban mirando descaradamente apoyados en la zona de bar.

Me incorporé, mareado por el alcohol que corría por mi cuerpo y me lancé al pasillo, animado siempre en domingo, de la sauna Paraíso.

A los pocos segundos ya casi cambié de opinión sobre lo de echar un polvo, había marcado un objetivo apoyado cerca de la sauna turca. Allí estaba un chico que podría tener unos 25 años. Delgado y atlético, de cabello castaño claro, con piel clara, tenía rasgos faciales finos y morbosos. Al estar cerca, dejó caer su toalla al suelo quedándose totalmente desnudo. Sobre su cuerpo, solo un cordón de oro al cuello. No cabía duda que podía echar un polvo más, y tragarme eso de no querer sexo, siempre que fuera con un macho así.

Nos marcamos fijamente por unos segundos y luego el intercambio de miradas se quedó congelado. Acerqué la mano a la puerta de cristal de la sala húmeda, cuando me habló.

—No creo que te haga falta entrar ahí para estar más caliente.

—Es lo mejor para eliminar las toxinas —le dije muy natural.

—Entonces prefiero no entrar, soy tóxico.

—¿Eso te dicen? —pregunté sonriendo.

—Te bajaré el alcohol, he visto que te has hartado —insinuó.

—¿Has visto mucho?

—Demasiado, quiero pasar a probar el género que escondes. Se te ve bien dotado.

—Llevas un rato esperando por lo que dices —contesté mirándolo de forma morbosa.

—Lo suficiente para estar ansioso por descargar —dijo algo más relajado.

—Puede ser. ¿Todo eso que tienes ahí es tuyo? —yo miraba la polla que agarraba apretada con una de sus manos. No estaba nada mal de tamaño.

—Puede ser tuyo si quieres. ¿La quieres mamar? —la mano que sostenía aquel fallo comenzó a moverse. Él miraba alrededor para prevenir que no hubiese nadie que nos pudiera seguir, un invitado no deseado en el encuentro.

—Me gusta más que me la mamen, pero hoy creo que va a estar rebelde para levantarse —le dije pensando en las copas que había tomado.

—Podemos ir a una cabina privada. Espero que tengas aguante, porque tardo en correrme —el chico me agarró por un brazo empujándome, con decisión, por un pasillo a aquel privado oliente a lefa de hombre y un poco oscuro.

Llegamos a la cabina y me lancé a su cuello a probar la cadena, cuando sus palabras interrumpieron mi trabajo lingual.

—Abre la boca y chupa —me dijo, mientras me ponía de rodillas ante un pene grueso con una ligera curva hacia la derecha, con un glande afilado con unos pocos bellos en el pubis, de pocos días sin afeitarse.

Me agaché y él tomó mi cabeza, obligándome a introducirlo en mi boca. Sabía a macho, y cada vez me ponía más caliente por ese olor fuerte entre orine y sudor de todo el día en la sauna. Me encantaron los pocos bellos a medio cortar que salían de su base. Sus venas gruesas y el movimiento oscilante de ese tremendo trozo de carne masculina, me ponían a mil, pero faltaba algo. Lo tomé firmemente con mis manos y comencé a disfrutarlo con la boca, mientras mi cruz de plata rozaba sus huevos. El apretaba mi cabeza para introducirlo hasta los testículos y me ahogaba un poco. Luego lo sacaba y la saliva servía como lubricante. Seguí mamando diligentemente y en pocos minutos me detuvo porque estaba a punto de reventar y tenía otros planes.

—Te quiero dar por culo —me dijo interrumpiendo la mamada.

—No soy muy partidario. Pero joder, estás muy bueno —informé, pensando en mi ano abierto por ese pollón.

—Otro día te dejo que revientes a mí, aunque me dé miedo tu polla. Venga hombre, te gustará.

—Ya sé que me gustará, pero tengo que estar muy cachondo para disfrutarlo.

—Si es cuestión de eso, hago lo que quieras. Un macho como tú lo merece —añadió con cara de vicio.

Pensé lo que me gustaría que tuviera puesta la cadena con la cruz de plata de Mario, o la que le regalé a Nico tras los eventos de dos meses antes que llevaba en mi cuello. La suya dorada no era del tipo que más me gustaba, pero podría valerme si me dejaba un rato con ella.

—Un segundo —me lancé a su cuello, y empecé a chupar el metal noble pensando que era de alguno de mis amores pasados, y las ganas de sentirle dentro no pararon de aumentar.

—Te estás poniendo a tope, cabrón.

—Reviéntame —ordené.

Me tomó por los hombros y me dio la vuelta. Detrás de mí se colocó un condón, que no tenía ni idea del lugar que lo sacó. Después exploró con su mano donde estaba mi apretado ano. De pronto, sentí como empujó con fuerza queriendo entrar. Sin consentimiento noté como se abrió paso por mi raja introduciendo todo su miembro con firmeza. Sentí un dolor tremendo. Pero me encantaba, deseaba sentir lo que fuera, dolor o placer.

Comenzó a embestir con diligencia. Me agarraba fuertemente por los hombros y golpeaba mi trasero con cierta maldad, haciendo sonar los golpes de piel a un ritmo continuo. Sentía como se hincaba en sus pies para alcanzar mi ano y poder meterlo todo. Su pubis golpeaba donde podía, porque era más alto que él y se afanaba por

llegar a mi altura.

—¿Y decías que no te gustaba recibir rabo? —susurró haciéndome sentir su cadena en la nuca al acercarse.

—Despacio, cojones —ordené, sintiendo mi esfínter forzado.

—Calla. Te voy a sacar los intestinos por el culo. —Me decía de modo amenazante al oído, mientras yo bufaba de la excitación en sus embestida a cada vez que me metía ese trozo de carne. Yo no decía nada, solo dejaba que me zumbara como él quisiera. Aceleraba de repente y sentía que me partía en dos pedazos el culo. Pero me encantaba pensarme deseado. Yo solo gemía de gusto.

—Eres como una de esas putas que me encuentro en las estaciones de servicio. Machitos que luego se convierten en zorritas cuando reciben, maricones de culo estrecho —comentó sin parar de dar.

—Tan maricón es el que da como el que recibe —conseguí pronunciar entre gemidos.

Cerré los ojos imaginando que era Mario quien me follaba, un dios mucho mejor que ese transportista de maneras violentas que me iba a valer solo para quitar el calentón.

Salí de la fantasía de mi cabeza para moverme. Cambiamos de posición y comencé a cabalgar ese mástil que entraba y salía con facilidad de mi culo destrozado, con la plata golpeando, amortiguada por mi vello pectoral al balancearme. Estuve unos pocos minutos sobre él cuándo me dijo que iba a acabar, yo caí de rodillas al suelo y él se quedó sentado. Había sacado su mástil de mi ano y me lo soltó todo en la boca, leche caliente y abundante, que me provocó una sensación que no esperaba. Una arcada llegó a mi boca, y vomité sobre él todo el líquido del día. Un DYC cola tras otro.

Él se incorporó manchado y asqueado, haciendo aspavientos con los brazos con profunda desaprobación. Y me dijo:

—Puto cerdo borracho, eso me pasa por ir con gentuza. —gritó acercándose a la puerta del reservado, mirando en la puerta alrededor para confirmar que no hubiese nadie fijándose. Y abandonó el lugar.

No conseguí correrme, y me sentía como una mierda al verlo salir lleno de mi bebida.

La verdad es que yo lloré, durante un tiempo que no puedo confirmar acurrucado en el reservado. Estaba solo, demasiado, y por más que intentaba dejar atrás mi vida de alcohol y sexo, volvía a caer en la tentación. Sentía que era adicto al sexo, y siempre lo sería por mucho que intentara huir de esa enfermedad que me acechaba.

Me incorporé lo suficiente hasta arrastrarme desnudo a la ducha de los vestuarios. Algunos me miraban con deseo en mi camino, pese a mi estado poco agraciado, lo que

me sorprendía y no sabía cómo tomar.

Cuando salí de la sauna Paraíso, vi que tenía varias llamadas perdidas de un número desconocido, y un mensaje del Detective Rajado: «Te he mandado un cliente, no la cagues».

Los clientes

A los dos días estaba camino de Cuenca, a un pueblo en medio de la nada llamado Valleverde. No había escuchado hablar de él en mi vida, y fue algo que me pareció normal al ver el lugar, que yo hubiera calificado más de una aldea grande sin mucho futuro.

Estuve todo el camino acomodándome el culo como podía en el asiento, lo tenía resentido tras la follada en la Sauna Paraíso, y sentía que había caído bastante bajo con mis últimos encuentros. Todo se unió para que aceptara ese trabajo, alejándome de las tentaciones de la gran ciudad.

No fue complicado aparcar, el lugar no parecía muy animado un martes por la mañana, y enseguida bajé del coche para buscar en mi teléfono el restaurante en que había quedado con los clientes, Jesús y Ángela.

A mi llegada al Mesón Campero, no fue complicado saber la pareja que me esperaba. Eran de unos treinta años, y estaban totalmente fuera lugar entre los viejos que atestaban la barra a esa hora.

—Buenas tardes. Me llamo Alejo Gallardo, investigador privado —me presenté.

—¡Hola! Encantada de conocerle. Soy Ángela Gómez, este es mi marido Jesús —dijo ella tomando la palabra.

—Un placer —añadí estrechando la mano de ambos.

—¿Ha leído lo que le envié?

—No he tenido mucho tiempo, pero tengo una ligera idea de todo el caso —mentí, recordando la resaca del día anterior.

—Está bien, ya tendrá tiempo de mirar los detalles.

—¿Dice usted que no le dejan ver a su hermano? —dije, intentando hacer memoria de pocos trazos que sabía.

—Hoy hemos vuelto a acercarnos, la excusa es que no era día de visita para no dejarnos entrar—explicó Ángela.

—Y no lo era, he perdido un día de trabajo para nada. —Se notaba en Jesús que estaba molesto por estar allí.

—Dijiste que no ibas a protestar, por favor, cariño. Hazlo por mí.

—Por ti estoy aquí —claudicó.

—No quiero parecer entrometido, ¿pero no está usted de acuerdo con contratarme?
—pregunté.

—No es eso, es que las cosas están claras. Ni siquiera sabemos lo que nos va a costar contratarle. —Jesús estaba dudoso.

—Voy a pagarlo yo, por el dinero no hay problema. Lo paga mi madre, que en paz descanse —inquirió Ángela emocionándose.

—No sé hasta qué punto puedo ayudarles con un caso de asesinato que ya está cerrado y enjuiciado.

—No quiero su ayuda para eso. Necesito saber lo que le está pasando a mi hermano allí dentro.

—Pues que está pagando lo que hizo. ¿Qué le va a pasar? —Jesús movió sus brazos.

—Ni siquiera sé si podré encontrarme con su hermano. Sergio, ¿verdad?

—¿Lo conoce? —dudó ella.

—Claro que lo conoce, toda España conoce al asesino de Torrent —completó Jesús.

—Pues sí, fue un caso mediático. Y al parecer todo está bastante claro, un brote de esquizofrenia —afirmé.

—¡No vuelvas a llamarlo así, Jesús!

—Perdona, es que estoy nervioso —dijo el marido de la chica, intentando apartarse de la conversación.

—Mi hermano estaba bien, pero la muerte de nuestra madre le afectó mucho. Si dicen que... pues será verdad. Pero eso no les da derecho a que lo traten como un animal. ¿No cree detective Gallardo?

—No —dudé cual sería la respuesta correcta ante un asesino de semejante maldad.

Ángela se esmeró en contar todos los detalles y suposiciones que su cabeza tomaba como alarmas y cosas sin sentido. Su marido intentaba morderse la lengua, agobiado con tener que cargar con esa lacra de la sangre de su mujer.

—Intente hacer lo que pueda, el domingo volveré y espero que pueda decirme algo del sanatorio Valleverde —anunció con esperanza.

—No es un lugar normal, no le puedo prometer mucho. Ni siquiera sé si podré entrar y menos ver a su hermano —expliqué.

—Tiene que intentarlo, a mí nadie me hace caso. Es como si Sergio no tuviera ningún derecho.

—Lo intentaré, otra cosa no le puedo prometer.

Los clientes se fueron, dejándome en medio de la nada, en un mesón entre casas de piedra, la mayoría de pizarra marrón, que daban un aspecto casi de otro siglo a aquel lugar.

—¿Sabe usted si hay algún hotel por aquí? —le dije al camarero antes de salir.

—¿Hotel? Esto es Valleverde. No vienen muchos turistas. Pero conozco alguien que alquila una pequeña casa en esta misma calle los fines de semana. Para gente de la ciudad que quiere respirar aire puro —respondió consciente de las limitaciones del lugar.

—¿Sabe si está libre ahora?

—Seguro, no es temporada alta. Tiene suerte si alguien se interesa en esta época. Hasta Navidad no habrá nadie.

—Perfecto.

Comienza el trabajo

Una señora había aparecido a cinco casas del Mesón, no tardó más de diez minutos en plantarse con sus andares toscos en la puerta de madera de la casita de piedra que alquilaba.

—¿Y que va a hacer un buen mozo como tú tan solo aquí? —preguntó ella intentando ser amable.

—Trabajar, soy escritor y necesito un poco de tranquilidad —mentí, intentando ocultar mi verdadero propósito.

—Normalmente son 200 euros en fin de semana, para 6 personas —comunicó ella.

—Yo quiero la casa hasta el domingo, para uno.

—Pues 200 euros igual, total, no pensaba alquilarla, me dan igual unos días más.

La casa tenía dos habitaciones con grandes camas, y un salón con sofá convertible, estaba preparada para seis personas. Iba a tener mucho espacio para mi trabajo.

Después que me dejara lo acomodé todo y comencé a leer todo lo que me envió Ángela en el portátil. Por suerte la conexión inalámbrica a la red funcionaba bien, y pude hacer un módem con mi teléfono para estar dentro de la red de redes a una velocidad modesta pero útil.

Encendí la chimenea y me tiré en el sofá, a descansar y ordenar mis ideas.

Allí estaba lo enviado, esperando desde día anterior a que lo leyera en mi bandeja de entrada, como ella había prometido. En su correo, Ángela me contaba las conversaciones con su hermano, en las cuales daba a entender que abusaban de él. También comentaba que las mejoras de su salud mental no eran perceptibles, y que parecía estar peor de la esquizofrenia.

Según su versión, su hermano padeció aquella enfermedad durante toda su vida, pero nunca había sido un problema más allá de algunos brotes. Su relación con su esposa y su hija era modélica, y todo se rompió a raíz de la muerte de su madre.

Pese a que conocía la historia de Sergio Gómez, el asesino de Torrent, por la sobreexposición a los medios de comunicación del caso, quise repasarlo todo.

Las manos me temblaban pidiendo un DYC para el cuerpo, sabía que seguro que habría de mi bebida predilecta en el Mesón Campero, pero intenté olvidar eso viendo las fotografías que acompañaban la información.

Independientemente de lo que hubiera hecho Sergio, no se podía negar que era un buen ejemplo de chulo valenciano. Tener esa enfermedad, no le había hecho perder ni un ápice de su físico de gimnasio en el tiempo que estuvo esperando el juicio en prisión provisional.

Incluso algunos medios hablaban del fenómeno «fan» que se había creado en torno al chico en las redes sociales. No cabía duda que hubiera tenido mucha correspondencia si hubiera estado en una cárcel común. Siempre había mujeres dispuestas a conocer a un tipo así, y no dudaba que también algunos hombres.

Decidí dormir en el salón, en el sofá-cama, aunque mi cuerpo había decidido que no iba a hacerlo por muy cansado que estuviera, sin conseguir antes una buena copa. Metido en el insomnio de las ganas de beber, para distraerlo me hice una paja viendo algunos vídeos de la web, que ayudaron a que cayera rendido.

Tuve que correrme dos veces viendo como le reventaban el culo a Allen King, y me sorprendí como mi polla chorreaba ansiosa, pese a no llegar nunca a endurecerse como antaño en sus veinticinco centímetros.

Los alrededores

Me levanté el miércoles, bastante tarde porque el sueño no había sido todo lo reparador que hubiera querido.

Estaba hambriento, debido a que no había comido nada desde el día anterior en el Mesón Campero. Así que al mismo lugar acudí al darme cuenta que la despensa estaba vacía, y no tenía nada que llevarme a la boca. En la cocina no había más que unos tarros de especias y un poco de aceite, que tenían poco futuro para formar un desayuno decente.

Unos señores ancianos estaban arreglando en la barra el país cuando me acerqué a pedir un café y una tostada con tomate.

—¿Entonces va a quedarse mucho tiempo? —preguntó el camarero.

—Hasta el domingo, ¿hay supermercado aquí? —me interesé, pensando en no gastar demasiado esos días de trabajo.

—Bueno, así lo llamamos por aquí. No es más que una tienda de ultramarinos que lleva treinta años abierta. Siga la calle hasta el final, en la plaza la encontrará.

Terminé mi café y la tostada, entretenido por la manera en que los jubilados discutían de política. La televisión estaba poniendo al día a mucha gente que hasta hace poco no tenía el mínimo interés en el tema.

Fui a la calle, decido a que había a comprar lo que fuera. Y literalmente fue así, porque no había mucho sobre lo que decidir en aquel local. Por lo que llené unas bolsas con latas de alubias y bollería industrial, y las llevé al coche para inspeccionar el sanatorio Valverde. No era una dieta muy sana para mantener una buena forma física, pero estaba contento con mi cuerpo, y con pocos ánimos para mejorarlo con la comida y su privación.

De camino al sanatorio, me di cuenta que no era complicado llegar, ya que ese pueblo no es que tuviera muchos sitios donde ir por la única carretera que lo cruzaba.

Dejé el coche a una distancia prudente y entré por los árboles a dar una vuelta, por el espeso bosque que poblaba esa zona de la provincia conquense.

Mil veces conté los pasos, subiendo y bajando montículos en el bosque gélido. No era

un lugar muy protegido por los alrededores de edificio principal, pero no era sencillo entrar o salir, por la doble valla que tenía en el perímetro, y sospechaba que también cámaras, pese a no poder verlas. Al llegar al final de la reja, me asomaba al mismo dilema sobre la manera de entrar o salir.

No sabía por dónde empezar ni por dónde acabar el caso, digamos las cosas como son. Lo cierto es que vagué inspeccionando de lejos una caseta, donde seguro deberían guardar asuntos de jardinería. E incluso tropecé con un nodo de telecomunicaciones, bastante moderno en el interior, que estaba cerca de la zona noroeste. El pequeño nodo de ladrillo, quizás podía ser de ayuda.

Agobiado sin saber qué hacer y porque no hay que pensar en ciertas cosas, cosas que te habitan por dentro, o no. Mejor sí, hay que pensar en ellas porque si no pensamos en ellas, corremos el riesgo de encontrarlas, una a una, en un bar de un pueblo de mierda. Es decir, hay que pensar durante un momento, un buen rato, todos los días y varias veces al día, hasta que el fango las recubra, con una costra infranqueable... y el DYC se quedé allí petrificado sin que vuelva a dar señales.

Volví al coche, y estuve casi una hora allí sentado, reflexionando sobre si ese tal Sergio merecía mi ayuda. Al final, pensé que puede que él no, pero su hermana necesitaba respuestas, por muy dolorosas que fueran.

La soledad nocturna

El interés por el caso hacía rato que se había marchado, pese a que tenía servicio intensivo, incluso por la noche en el caso imposible en que me había metido, todo por intentar olvidarme de las botellas de DYC.

En la casa las horas se hacían eternas, y por más fe que ponía parecían no moverse las manecillas del reloj. Ya había comido dos latas de alubias, y lo que menos tenía era hambre. Nada nuevo para hacer y toda la noche por delante con muy poco sueño. El caso no daba señales de avance, tras una barrera que escondía mucho más de lo que alcanzaba a ver.

Agobiado y casi sin querer tomé el teléfono, entonces entré en una de las aplicaciones de ligar que tenía instaladas.

Hacia muchos días que no veía nada interesante en ellas en Madrid y alrededores. Los cabrones de siempre que nunca se iban de la misma, los interesados de poco valor para una urgencia sexual y los mensajes de siempre de fantasmas.

Allí, estuve mirando algunos machos cachondos que borraba de inmediato y mensajes de saludos de ligues que comentaba diciendo que no estaba en Madrid. Y todo eso era porque me tenían en favoritos, no por cercanía, porque la función de localización era poco útil en medio de la sierra de Cuenca.

Ya lo cerraba cuando vi un perfil que entró a la primera posición, a 100 metros lo indicaba de mi lugar. Tenía curiosidad por aquel chico que mostraba el torso sin cara, con un cordón de oro cayendo por su pecho.

“No eres del pueblo, verdad?” Escribió en un mensaje privado, que presidía su nick: Leon31.

“No, estoy de paso” Tecleé de manera seca.

“Ya decía. Tu cara no me suena de nada. Te interesa?”

Envió una imagen en la que ya veía su rostro. Su foto era sensual y provocativa de cabello rubio y una mirada de hombre seguro de sí mismo, con una boca tentadora que mostraba una pícaro sonrisa. La verdad, estaba muy bien, pero enseguida pensé que no sería su foto real. No sería la primera vez que era demasiado bueno para ser verdad, resultando un total fraude. Di a ignorar y apagué.

Los minutos se hacían eternos. Aún no me explicaba como había acabado en ese nido

de ratas de casa de pueblo, de hacía por lo menos tres siglos. Lamentaba haberme permitido aceptar la solicitud laboral cuando se presentó como una escapatoria, y un encargo de Tajado lejos de Madrid.

Mentía, lo sabía, necesitaba el dinero e irme de Madrid.

Me puse algo de ropa, decidiendo que sí tenía el dinero era suficiente, pese a ser mentira. Quería mi copa de DYC cola, la necesitaba para asumir mi soledad.

Me había rendido a mi necesidad, y salí por la puerta a frío de la noche.

Llegué al Mesón Campero, aunque era tarde, estaban algunos del pueblo en la barra para acabar la jornada. Hubiera jurado que eran los mismos que había visto cada vez que había entrado, pero seguramente serían mis imaginaciones. Cuando había dado el primer sorbo al líquido que consideraba sagrado, algo llamó mi atención a través del ventanal.

Era Leon31, el mismo que había pensado una falsedad un rato antes. Lo vi bajarse del coche entre el frío nocturno y caminar al interior.

Fue directo hacia mí al ingresar, con un poder que manaba de su seguridad. Me comía con su mirada y esa sonrisa que desarmaba mi estrategia de evadir la mirada.

—Una cerveza —pidió el tipo al sentarse en el taburete pegado al mío.

El camarero parecía que ya la tenía preparada, porque no tardó un momento en ponérsela delante.

—¿Qué tal Fran? —le saludó el camarero.

—Hasta los huevos —respondió el que yo conocía como Leon31.

—¿Ya has terminado por hoy?

—Sí, otro día más.

—Pues a relajarse —afirmó alejándose de donde estábamos sentados.

Así que se llamaba Fran, aquel Dios tenía nombre y era cuanto menos conocido en el pueblo.

—¿No eres del pueblo verdad? —me preguntó al verse libre del camarero.

—Ya sabes que no —respondí.

—Pensaba que eras un bromista del pueblo, no contestaste.

—Lo mismo pensaba yo, no creía que habría tipos como tú por aquí, Fran.

—Ya sabes mi nombre. ¿El tuyo? No acostumbro a decir mi nombre a los que contacto

por esa aplicación, claro, que tampoco espero encontrarlos en el Campero de Valleverde.

—Alejo, encantado.

—Igualmente, además bastante —dijo guiñando un ojo.

—¿Sigues interesado? —pregunté sintiendo valentía alcohólica.

—Siempre.

Fran se levantó tras apurar la cerveza de un trago.

—Te espero en la parte trasera— dijo en bajo para luego subir el tono al resto.
—¡Hasta luego!

Esperé unos minutos y apuré mi DYC. Salí a la calle y giré el local. Apenas crucé la puerta trasera, me apretó contra el frío metal y me besó. Los besos de un hombre eran veneno para mí, quise separar mi boca pero el apretó más sus labios y sentí el filo de sus dientes mordirme, quedé quieto no podía hacer nada. Sus manos recorrían mi cuerpo por debajo del abrigo abriendo mi camisa y respirando en mi pelo.

Me besó intensamente, su lengua recorría mi boca y bajaba por mi cuello. Sabía que le gustaba lo que veía, sus ojos brillaban como si fuera el monumento más grande que había visto en su vida.

Se puso de rodillas ante mí y sacó mi miembro, acariciándolo, que se levantó al sentir la saliva de hombre tocando con la punta de la lengua, y él aprovechó para acercarlo a su boca.

—Joder, es increíble —pronunció mirando mi rabo como si viera una de las maravillas de mundo.

—Estoy orgulloso, aunque a veces se pone rebelde —bromeé.

La metió en su boca con ganas. Con un ritmo imparable en mi polla, la introducía en su boca, saboreando todo lo que expulsaba por la excitación. Con mi mano apretaba su cabeza contra mi rabo, mientras con la otra tanteaba la cadena de oro en su cuello. Estaba a punto de correrme, cuando deseé estar con ese Fran más tiempo sin prisas.

—Vivo cerca, vamos a mi casa —propuse.

—Debo irme, mañana tengo turno —me dijo, aunque supuse que no quería que lo vieran andando conmigo por el pueblo.

—Voy a correrme, joder —exclamé excitado, mientras no dejaba de pajearme con su mano.

—Adelante, quiero tu puta leche —dijo relamiendo sus labios.

Volvió a chuparla, y no pude evitar descargar el cargamento en su boca, con un suspiro interminable al notar salir mi semen. Fran escupió la leche de su boca, y agachado

comenzó a darle gasolina a la mano en su rabo, haciendo que la paja que se hacía mientras me la comía llegara a su culminación. Su leche se unió con la que había escupido en el suelo del callejón.

—Debo irme, pero quiero verte de nuevo —casi suplicó.

—Cuando quieras. ¿Mañana por la noche?

—No puedo, guardia en el sanatorio —lamentó Fran.

—¿Trabajas en el hospital Valleverde? —me sorprendí.

—Sí, pasado mañana espero que tengas ese teléfono encendido para que nos veamos.

—Y yo espero que espero que ese culazo siga en su sitio. Te voy a reventar —prometí.

—Debo tener cara de pasivo últimamente —reí.

—Si quieres, me puedes dar tú.

—Ya veremos, porque ya noto ese rabo dentro —dije fantaseando.

Se puso en pie y con pocos pasos giró la esquina. Yo esperé unos segundos para irme, entre el frío de la noche y las ganas de haberlo catado mejor. Era un dato importante también haber conocido a alguien que trabajaba en el sanatorio.

Al llegar a la pequeña casa, no me costó nada dormir aquella noche, por suerte, o por la ayuda de la bebida y la corrida en la boca de aquel cabronazo que estaba tan bueno. Al final le iba a acabar encontrando el morbo a lo de las cadenas de oro, porque se empeñaban en cruzarlas por mi camino.

El reencuentro

Era jueves, y el tiempo de trabajo se me echaba encima. Tomé la taza y de un solo sorbo bebí prácticamente todo el contenido estando sentado en el Campero.

—Espero que esté encontrando la tranquilidad que buscaba —me dijo el camarero, mientras pensaba si pedir otro café.

—¿Cómo?

—Me comentaron que es usted escritor, no cabe duda que ha venido a un sitio tranquilo.

—Ah, claro. Un pueblo genial para lo que buscaba —asentí.

—¿Y qué buscaba? Si no es indiscreción.

—No tener entretenimientos, y poder pasear a gusto para inspirarme.

—El entorno es maravilloso. Hay una ruta que sale del pueblo y lleva al pico Montemayor. Pasa cerca del sanatorio, un edificio genial.

—¿Un sanatorio? —pregunté haciéndome el ángel.

—Sí, es un lugar único en toda España. Lo peor de lo peor, pero medio pueblo vive de él directamente, y la otra mitad como yo, indirectamente. Así que estamos encantados de tener a todos los psicópatas bien encerrados aunque estén cerca.

—¿Y no hay miedo en el pueblo?

—Para nada, nunca ha habido problemas. Realmente es más preocupante que se caiga un poste de la luz que eso. Estamos demasiado lejos de todo y tardan una eternidad en arreglar cualquier cosa —se lamentó el camarero.

—Entiendo, espero que no me toque una avería mientras estoy por aquí. Debo irme, hasta luego.

—Tenemos menú del día, por si se anima —señaló la carta.

—Gracias, lo pensaré.

Era un día nublado de una luz bastante oscura y la calle se veía solitaria. Llegué hasta la entrada de mi casa de piedra y me detuve pensando en voz alta.

—Tengo que hablar con Sergio Gómez, o al menos ver su estado — me dije, sacando del bolsillo unas llaves con las que logré abrir la puerta muy fácil y rápidamente, dando unos pasos en su interior.

Escuché un ruido. Comencé a recorrer la casa hasta llegar a una habitación cerrada, aunque se veía moverse una sombra por debajo de la puerta.

—¿Hola? —pregunté pensando si sería la casera.

Sin obtener respuesta, me separé y con una patada abrí la puerta, dentro, Ángela se sorprendió y asustó hasta casi caer al suelo.

—¿No me has oído hablarte? —pregunté nervioso.

—No creo que esa patada fuera necesaria —inquirió.

—Mejor prevenir que curar. ¿Cómo has entrado?

—Me dijeron en la tienda que estabas aquí. La casera me vio esperando en la puerta y me abrió para que te esperara dentro.

—¿Así tan fácil?

—Son pueblos, todo el mundo confía. Y de verdad tenía frío. El viento que hace es devastador en esta zona —se quejó Ángela.

Estaba desorientado, no me esperaba ese encuentro para nada, así que me fui al salón y me senté en el sofá señalando a Ángela que se dispusiera a mi lado. Ella se agachó a mi lado, apoyando sus manos en las piernas muy juntas.

—¿Qué hace aquí? —pregunté más tranquilo.

—Creo que ya sabes a lo que he venido, quería hablar con usted sin Jesús delante. No quería hacer esta situación más difícil —me anunció ella.

—Realmente no se a qué se refiere —inquirí.

—Temas delicados —dijo ella muy tranquilamente.

Me giré y la miré a los ojos con atención.

—Soy todo oídos.

—Bueno, no sé como decirlo, pero creo que...

—Diga —me interesé.

—Mi hermano está siendo torturado, incluso violado —explicó, intentando contener una casi vergüenza.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Una hermana sabe eso, sabe cuando su sangre sufre. Además, ese Doctor Gasol, el director del lugar, me da miedo.

—Pero que le dé miedo, no prueba nada.

—Tenía la medalla de mi hermano al cuello, estoy segura —dijo ella, señalando mi cruz de plata del cuello. —¿No reconocería usted su cruz en cualquier sitio?

—¿Cómo?

—Mi difunta madre, les regaló a mi hermano y su mujer por su boda unas medallas de plata que nunca se quitaban. Pensaba que se había perdido entre juicios y pruebas, pero el otro día ese Doctor la llevaba puesta.

—¿Está segura de eso?

—Estoy segura, yo mismo fui con mi madre comprarlas —explicó.

—¿Y para qué querría un Director de un centro mental una cadena de un preso? —pregunté, sabiendo que podría ser por mil razones.

—No tengo ni idea, pero puede que para torturar a mi hermano. Él la quiere recuperar, con todas sus fuerzas, me lo ha dicho, incluso pensé en llevarle una igual, pero no están permitidas por seguridad de los pacientes.

—¿Hay razón para ello? —me interesé.

—Peligro de ahorcamiento dicen.

—Tiene sentido. Intentaré averiguar algo, pero no es fácil. Es un lugar con gran seguridad y su hermano es un preso peligroso que estará aislado.

—¿Peligroso?

—Claro, he visto su corpulencia. Y es responsable de dos muertes.

—¿Puedo ir a la cocina?

—Adelante, es gracioso que pida permiso ahora.

Ella se quedó mirando por unos momentos mientras sus ojos se humedecían, y salió de la habitación dejándome solo. Unos momentos después apareció con un vaso de agua y me volvió a mirar.

—Sergio no ha matado a nadie. Sé que es imposible que me crea, nadie me cree. Pero mi hermano no haría eso... lo sé.

—No es mi trabajo juzgar eso —interrumpí.

—Es demasiado duro, drogarlas, ¿ahorcarlas? No puede ser —respondió llorando.

—Puedo revisar todo el caso si quiere, pero servirá de poco. Tengo tiempo mientras pienso la manera de entrar.

—Se lo agradecería. Debo irme, tengo que estar en Torrent antes que Jesús llegue a casa del campo.

—¿Es agricultor?

—Algo así, mi madre nos dejó tierras. Ahora lleva mucho tiempo controlarlas todas. Vivimos de las rentas.

Ángela se levantó abrochando el abrigo que no se había llegado a quitar, y se dirigió a la puerta.

—Sería bueno tener un poco de ayuda —dijo con voz cansada.

—Sí, haré lo posible —respondí, con ánimo que se sintiera mejor.

La puerta sonó al cerrarse, y mi cabeza se detuvo. Me quedé sentado solo y en silencio en el sofá, todo parecía cada vez más extraño, y si era por mí, ella podría descansar en paz.

Los sucesos

Tenía toda la información, así que lo mejor seguir revisando los detalles de caso sin dilación. Detalles objetivos, intentando dejar de lado toda la paja subjetiva que se había colado en los medios tanto escritos como televisivos. Había empezado el trabajo, pero me quedaba mucho por revisar.

Sergio y Marta se casaron el 8 de septiembre de 2010, y poco después llegó la pequeña Camino. El 5 de mayo de 2013, los vecinos declararon que hubo una fuerte pelea entre ambos que llevó a que se fuera a dormir unos días a casa de su hermana Ángela. Sus compañeros de gimnasio definieron esos días como de una actitud distante del entrenador físico. El médico valoró que hubo una pequeña recaída en su enfermedad, y lo anotó en su historia, pero no tuvo importancia más que para subirle la dosis para dormir, a dos pastillas diarias que siguió a rajatabla. Sergio volvió a su casa y discutió el 11 de mayo a primera hora. Hasta todo encajaba y no había dudas sobre esos sucesos por ninguna de las partes.

Según el fiscal, tras la discusión, obligó a tomar sendas dosis de 30 pastillas de somníferos a Marta y Camino, y las ahorcó en el patio de su casa. Para después salir y volver a las pocas horas.

Según la defensa, Sergio las dejó en perfecto estado, se fue a dar un paseo y no supo más de ellas hasta que fue detenido. Todo había sido entendido como una negación inconsciente de su responsabilidad, por el arrepentimiento de lo que había hecho.

En el recurso final, teniendo en cuenta que se consideraba probada la participación de Sergio en las muertes se pidió, no sin polémica, la inhabilitación mental para que no estuviera encerrado en una cárcel. Así evitarían que pudiera acabar con otros presos, por la peligrosidad de la situación y sus problemas mentales que podrían agudizarse. Un asesino de una niña, no era muy bien recibido en ninguna parte.

Unas fotos completaban la información. Sergio y su novia, en el trabajo, la familia completa con la niña en tiempos felices, algunas de su detención y traslados con parte de la población increpando a la entrada de los juzgados. Me quedé mirando en las que salía entrenando sin camiseta, ahí estaba un potente torso de alguien que había pasado mucho tiempo en el gimnasio, y pude apreciar bien la medalla de plata de la que me había hablado Ángela, en un plano en el aire mientras golpeaba un saco de boxeo.

No sabía si se me escapaba algo, pero mi olfato de investigador me daba mala espina.

Aparté toda la información y documentos, y me quedé mirando el reloj.

Aburrido y sin perspectivas, acabé haciéndome una paja con una película porno de un entrenador que se follaba al boxeador que seguía sus indicaciones, con una pasividad pasmosa ante la autoridad. El pasivo, con un cuerpazo y muchas ganas sentirse abierto el culo, se ofreció con generosidad. No cabía duda que esa actitud de Trystan Bull, de machito que le gustaba meterla en caliente, me había dado para muchos ratos de vicio, que ahora eran más satisfactorios imaginando a Sergio en la escena.

Me sentí un poco sucio al desear a un monstruo así, pero joder, cuando la polla te pide guerra, todo vale.

Amanece

Cuando desperté el viernes, ya sabía que iba a entrar en el sanatorio, y tenía un plan para ello. Fran, el mamador de la cadena de oro me había dado una pista. Ya tenía todo preparado, porque durante la noche me había asegurado de preparar todo el material. Un mono de trabajo azul y una caja de herramientas que guardaba la casera me habían terminado de dar el punto necesario.

Con los primeros rayos de sol me fui andando al Sanatorio Valleverde, pero no para entrar por la puerta principal. En su parte posterior me acerqué al centro de telecomunicaciones y me llevé uno de los cables que hacían el contacto de las conexiones de red.

Ya estaba todo hecho, ahora quedaba esperar a las ocho de la mañana, cuando el cambio de turno se llevara a cabo. Ya habrían llamado al técnico, y según mis informaciones tardaría horas en llegar. Por lo que tenía un tiempo prudencial para investigar en el interior.

Esperé agazapado mirando la puerta principal. Sabía que Fran tenía guardia, una guardia que terminaba esa mañana. Algunos trabajadores llegaron pasadas las siete y media. Cuando habían pasado unos minutos de las ocho de la mañana, Fran salió por la puerta principal acompañado de otros compañeros.

Era mi momento, ahora nadie podría reconocerme en el interior.

—He recibido una llamada por una avería en el servicio de ADSL —comuniqué al guarda que estaba como seguridad a la entrada.

—Claro, estábamos esperando. Ha venido muy rápido —dijo sorprendido.

—Ya sabe, siempre mejorando en la atención de los clientes. Esta es mi acreditación —dije enseñando un carné de técnico falso que me había fabricado.

—Puede pasar, en el interior le indicarán como llegar a administración. Avisaré que ha llegado.

Atravesé el jardín delantero, para llegar a la gran puerta principal. Parecía que alguien ya me esperaba, en una sincronización planeada en los protocolos.

—Buenos días. No sabemos lo que ha pasado, esta mañana sin explicación dejaron de

funcionar todas las conexiones. Le agradecemos que haya venido tan pronto, muchos de los datos de los pacientes están en una nube y no podemos acceder a ellos hasta que se solucione.

—Si me deja ver la zona de ordenadores, empezaré a buscar la avería desde ahí —comunicué demostrando seguridad.

Subimos unas escaleras y llegamos a una zona de despachos, que parecía distinta al resto de instalaciones.

—Aquí está el servidor principal, no sé si estará aquí el problema, porque no responde como si estuviera sin conexión —mostró señalando unas luces apagadas.

—Me llevará un rato hacer las comprobaciones.

—Está bien, estaré en el despacho al fondo del pasillo, si necesita algo búsqueme —dijo abandonándome ante aquel aparato que no entendía.

Me quedé solo, no tenía claro por donde empezar, lo que sí sabía es que la avería no me iba a llevar mucho tiempo y estaba muy lejos de ese lugar.

Vi el despacho en que ponía «Dirección: Ernesto Gasol» y me acerqué a llamar, para al menos conseguir ver a ese Doctor misterioso del que Ángela me había hablado. Había memorizado la cadena con la medalla de Sergio, y si ese director la llevaba, la reconocerá.

—No está nunca aquí —dijo una voz femenina.

—¿Cómo?

—Que el Doctor Gasol no usa este despacho. Es también el jefe médico de Valleverde, y usa su despacho del otro ala del sanatorio para todo.

—Necesitaría ver su ordenador. Creo que puede estar el problema ahí.

—Es extraño, no hay nada principal por allí —dudó ella.

—No sabe lo intrincadas que son estas redes. Ya sabe la prioridad de conexiones —me hice el interesante.

—Ya entiendo. Si sigue los carteles de «Consultas», llegará a una zona donde encontrará «Jefatura médica». El Doctor ya debe estar allí.

—Muchas gracias por su ayuda.

Tomé camino por el lugar con seguridad, sin perder ojo de cada esquina. Cuanto más me alejaba de la zona administrativa, menos personas veía caminando. Estaba prácticamente solo por todo el lugar. Una palabra llamó mi atención: «Aislamiento». Me

acerqué en pequeños pasos a la puerta de madera que parecía abatible, para poder entrar con camillas y sillas sin tener que abrirla más que con el empuje corporal. Posé mi mano y abrí, mostrando un pasillo que se extendía con ocho puertas y un historial colgado en cada una de ellas. Recorrí las puertas hasta que vi en una de ellas el nombre que buscaba: Sergio Gómez. Intenté abrir, cuando estaba sorprendido de mi suerte, justo en el momento que algo me interrumpió.

—¿Quién es usted? —me sobresaltó una voz.

—Soy el técnico de redes, me he perdido.

—¿En la sala de aislamiento? —preguntó un tipo rudo, pero muy atractivo que supuse enfermero.

—No sé, buscaba al director del sanatorio, y me despisté... Melchor —dije leyendo su nombre bordado en el pijama sanitario que llevaba.

—Venga conmigo, esto es una zona muy restringida. Las puertas solo se abren desde fuera, si llega usted a abrir alguna, se podría encontrar alguien que no está en sus cabales. Tenga cuidado en este sitio, es mejor alejarse de lo que no conoce.

—Sí, será mejor irnos —comenté con desgana, por estar tan cerca de mi objetivo.

El doctor

—Gracias Melchor. Puedes irte —dijo el Doctor sin casi apartar la vista de la historia que estaba estudiando.

—De nada por indicarle —me dijo al salir un poco desconfiado.

—Lo siento, gracias —me disculpé al no haber apreciado su «ayuda».

—¿Y bien? ¿Para qué quería verme?

—Estoy arreglando las redes del sanatorio, y no encontraba el cuadro principal —expliqué.

—Y le han mandado que me pregunte a mí. Claro, no había nadie más —se quejó molesto el Doctor Gasol.

—Al parecer no.

—Estoy rodeado de inútiles.

Levantó su mirada, era un tipo sin duda guapo y atractivo. Apenas bajo su camisa pude ver que llevaba una cadena de plata asomando levemente por su cuello, pero no era capaz de apreciar si la medalla era la misma que llevaban Sergio y su mujer. Pero si podría haber apostado que la cadena era la misma que relucía en las fotografías que vi, aunque ese dato sirviera de poco.

—El servidor está en el otro ala, pero si lo que quiere es la caja principal, está fuera del recinto en lo que siguen siendo terrenos del sanatorio. Aprovecharon la antigua caja eléctrica que estaba separada por seguridad de aquí. Antes era peligroso por los incendios —explicó.

—Si me la muestra...

—Está bien, me vendrá genial el aire fresco. Llevo toda la noche sin salir.

—¿Guardia?

—Yo no tengo de eso, casi creo que vivo aquí. Estoy cuando se me necesita —se lamentó, pese a no parecerme muy creíble.

—Suele pasar, yo hago turnos de doce horas para niños que se han quedado sin poder jugar a World Of Warcraft —mentí.

—Bueno, aquí necesitamos la conexión para algo más que eso.

—Estas salidas son un placer, para gente que lo necesita —dije hipócrita.

El Doctor se giró, y yo aproveché para empujar la taza de café que descansaba cerca del borde. Y me fui atrás raudo.

—Joder, menos mal que estaba frío —dijo el Doctor Gasol con la camisa manchada de café.

—Ha movido la silla y la taza estaba en el borde... —expliqué mintiendo.

—Ya imagino, soy un torpe. Menos mal que tengo ropa para estos casos. Ya le digo que esto es mi segunda casa, o la primera...

El Doctor se quitó la camisa, vi su espalda ancha e incluso podríamos decir que atlética. La cadena estaba en su cuello, no había duda, pero la medalla no estaba a mi alcance de vista hasta que se dio la vuelta abrochándose.

La medalla brilló ante mis ojos. Era esa, estaba seguro, la misma medalla que llevaba Sergio en las fotografías. ¿Era posible que justo el director médico tuviera ese mismo objeto de plata al cuello? No, era imposible estadísticamente.

—¿Es usted creyente? —dije señalando su pecho.

—¿Por esto? Es un recuerdo, poco más.

—Yo también llevo un recuerdo de mi fe —indiqué sacando mi cruz de plata del interior del mono para mostrársela. Y decía bien, porque seguía adorando en mi subconsciente a Mario como un dios.

—Creo que nos sirven para recordar cosas distintas. Sígame —dijo terminando de abrocharse y saliendo por la puerta.

Anduvimos entre los árboles y el frío sin hablar mucho, ya que no parecía estar interesado en una conversación con un técnico, y yo intentaba buscar una explicación racional para esa casualidad de la medalla.

—Aquí está —señaló Gasol.

—Déjeme ver —dije disimulando y poniendo el cable. —Creo que ya está arreglado, tengo que revisar unas cosas dentro.

—Tendría que haberme puesto el abrigo, me muero de frío —se quejó él.

—Bueno, si no hace frío en estas fechas, ¿cuándo?

—Entraremos por la puerta trasera, cerca de la caseta.

—¿Hay una puerta trasera? —dije intentando disimular mi excitación.

—Claro, aunque se usa muy poco.

Le seguí hasta la zona de la caseta, entre unas plantas, usando una llave, abrió la verja y entramos dentro del recinto para acercarnos a la casa pasando un riachuelo.

—Yo voy a mi despacho, la zona administrativa está por allí —dijo tomando un camino opuesto al que me había señalado.

Aislamiento

Era obvio que me interesaba poco el servidor del centro médico, que ya debía estar funcionando a pleno rendimiento, por lo que cuando sentí que nadie podía verme, acudí al lugar que me había llamado la atención.

Tras pasar la puerta de aislamiento, fui directo a la que tenía el nombre de Sergio. No sabía lo que podía encontrarme, pero tenía una oportunidad única que no iba a dejar escapar sin tener alguna respuesta.

Respiré hondo con mi mano en el pomo, y giré haciendo ceder la puerta. Dentro estaba todo oscuro.

—¿Ya toca sesión? —escuché de una voz con desgana.

—No vengo por eso —respondí.

Una luz se encendió y pude ver a Sergio, que tenía aspecto de estar drogado encima de la cama, pero con la suficiente fuerza para recordar el lugar del interruptor. La habitación era austera, una cama, una mesilla, y un inodoro en el suelo para hacer sus necesidad completaban todo.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Un amigo de tu hermana —respondí, extrañado de ver esas heridas de golpes en su cara.

—¡Mi hermana! Tengo tantas ganas de verla —exclamó.

—Y lo harás. ¿Qué te ha pasado en la cara? —me interesé, al acercarme un poco más y ver marcas de golpes.

—No he sido bueno. Pero intentaré ser bueno, así me darán la cadena. ¿Verdad?

—¿Esa cadena que lleva el Doctor es la tuya?

—Sí, es mía. De nosotros, de ella también. —Sergio comenzó a llorar.

—Te ayudaré, pero debes hacer lo que te diga —expliqué.

—Me dejaré follar, haz lo que quieras, pero ayúdame.

—¿Follarte? ¿Quién te folla?

—El Doctor, Melchor... Fran —contó.

—No voy a follarte, te ayudaré de verdad —dije justo cuando escuché unos pasos acercarse.

Puse mis dedos en los labios y me escondí tras la puerta, justo en el momento que abrían. Escuché la voz de Melchor.

—Vamos, tienes sesión con el Doctor —anunció el enfermero.

—¿Otra vez? —preguntó Sergio haciendo como que estaba más dormido de lo que realmente estaba.

—Las veces que haga falta.

—Tengo que ir al baño primero.

—¿Ahora?

—Si no voy, puede que el Doctor se enfade mucho después —informó.

—Joder, qué asco. Tienes cinco minutos hasta que vuelva a por ti. Date prisa —concluyó cerrando la puerta.

Me acerqué a Sergio al quedarnos solos, que me miraba como si estuviera viendo un dios.

—Te ayudaré, pero tengo que irme. Antes debes responderme algo —le dije.

—Dime.

—¿Tú las mataste?

—Ya no sé ni dónde estoy. A veces la voz de mi cabeza dice que sí, pero es la rabia por dónde me encuentro. Yo no lo hice, lo juro —contó, con sus ojos sinceros clavados en mí.

—Te creo —respondí, descubriendo en sus ojos una sinceridad que iba más allá de su patente belleza masculina.

A los pocos minutos Melchor vino a buscar a Sergio, y aguanté la puerta justo antes que se cerrara.

Salí de allí, con la misma facilidad con la que entré. Al volver al pueblo en mi coche, me crucé con la empresa de averías, que se iba a encontrar con todo solucionado.

La visita

De nuevo estaba sentado en mi casita alquilada de Valleverde, como siempre pensando en Sergio. Todo lo que había conocido me había superado, y ahora necesitaba ayudarlo como fuera.

De alguna manera tenía una deuda con ese chico, no sabía la razón, pero ayudarlo a él, era ayudarme a mí.

Quería un DYC sobre todas las cosas, pero intentaba alejarlo como fuera de mi cabeza. Estaba demasiado metido en lo que había llegado a mí por azares de destino y ya me había olvidado de la visita concertada con Fran.

Fran, ese hijo de puta, que me constaba que le reventaba el culo a Sergio en contra de su voluntad. Sentía rabia, pero también intriga por poder hablar con él.

Me llegó a la aplicación del teléfono un mensaje de Leon31. Intenté ser amable y que no se notaran mis sentimientos mezclados a él. De nuevo mezclar el trabajo con el placer se había interpuesto en mi vida. Fran, era alto y musculoso, de tipo cabronazo de pueblo, y demasiado bueno para ese lugar, físicamente hablando.

Al entrar en casa, sonrió y me dijo gracias, cuando pasó caminando le seguí el camino con la mirada observando su culo

—Menos mal que me has contestado, pensé que me quedaba sin echar un polvo contigo —me dijo descarado.

—Eso nunca —dije cerrando la puerta de la calle.

—Este pueblo es aburrido para perder una oportunidad como la tuya. No suelo ver gente nueva, más que algún camionero de vez en cuando.

—Yo estoy encontrando más de lo que esperaba —dije soltando una indirecta. —No eres el único que quiere follar por aquí —terminé tirando directo.

—No creo que encuentres mucho interesante, es un pueblo pequeño —dijo seguro de sí mismo.

—Un tal Melchor, ese cabrón tiene un pollón —mentí sacando el nombre de su compañero de fechorías.

—¿Ese? ¿Te lo has tirado?

—Mi boca está sellada, pecado pero no pecador...

—Si has dicho su nombre.

—¿Sí? —jugué.

—Y luego va de machito... joder —comentó molesto.

En ese momento me acerqué, tenía una camisa de cuadros que quedaba genial en su cara bonita, y su cuerpo musculoso. Con la mano, descubrí un paquete que le iba reventar en la entrepierna.

—Vas al grano.

—No me resisto a ver tu pecho con esa cadena de oro —dije acercándome a su cuello.

El macho olía a jabón y un poco a sudor, fruto de llevar todo el día abrigado, con cambios bruscos de temperatura.

—¿Te va el rollo cadenas?

—Un poco, los machos con ellas desde hace un tiempo—dije jugando, y abriendo la camisa para mostrar mi cruz de plata.

—Ya veo, te encantaría mi jefe entonces —comentó divertido.

—¿Por qué? —pregunté como si no supiera de quién hablaba.

—Ahora le ha dado por llevar un siempre, y está bueno el cabrón, aunque es un tipo raro —aclaró.

—Cuéntame cómo es —dije acoplando mi boca a su cuello con la cadena, esperando información.

—Es como un trofeo, de plata con una medalla, una virgen creo.

—¿Un virgen? —pregunté interesado.

—No creo que sea importante.

—Todo es importante, recuerda que soy fetichista. Si me dices cómo es, a lo mejor te llevas premio —reté.

—No sé, una virgen valenciana, de Torrent supongo. Joder, qué cachondo me pones.

—Has ganado el premio —dije teniendo la información que quería.

Me agaché y le bajé el pantalón, tenía la polla durísima y jugosa, no me aguanté y la comencé a chupar... tenía un grande sabroso rodeado de pelos rizados en su tronco.

De rodillas frente a aquel ejemplar, me bajé los pantalones. Me encantaba ese pene circuncidado con un color más oscuro que el resto de su cuerpo, y unos huevos

enormes y colgantes. Su polla era larga y gruesa, más de lo que estaba acostumbrado.

Mientras le chupaba, me comenzó a tocar el culo a la vez que yo me masturbaba. De repente sentí que se estiraba para meterme un dedo en el ano mientras yo no dejaba que se perdiera una gota de su precum fuera de mi boca. Fran, mi macho, se metió los dedos a la boca para mojarlos y seguir abriéndome con cuidado el culo, introduciendo sus dedos gruesos y callosos. Yo comencé a jadear despacio.

—No te muevas te quiero follar la puta cara —me dijo.

No le entendí, cuando de repente con una mano me sostenía la cabeza y la otra me metía dos dedos en el ano, empujándome la boca como si fuera mi puto culo. El cabrón me golpeaba la garganta con esa delicia de polla, mientras yo seguía haciendo quejidos de putita.

Sin avisarme, comenzó a correrse y me lanzó ricos chorros de semen que no pude evitar tragarme, goloso ante su sabor.

Se acabó y me dije: «este macho se va a marchar después de correrse como otros». Pero en vez de eso me sacó la mano del culo y se la empezó a lamer.

—Qué goloso eres.

—Estaba bueno, cabrón —dijo con patente placer.

—Ahora quiero que me folles, quiero sentir tu enorme rabo. Hace mucho que no me revientan bien —me sorprendió.

No me lo dijo dos veces, me incorporé y lo puse contra la pared besándole. Nos quitamos toda la ropa, y empezó a bajar chupando mi cruz de plata sobre el pelo de mi pecho musculado, hasta llegar mamarme la polla.

—¿Me va a caber entera? —dudó.

—Al final siempre entra —anuncié, sabiendo que iba a alucinar cuando lo penetrara.

Yo la tenía bastante dura, así que era un placer sentir como sus labios la aprovechaban hasta el último milímetro.

De pronto se paró.

—Fóllame, quiero rabo —dijo mirándome a los ojos con ansiedad.

—Así me gusta, con seguridad.

Le di la vuelta y le comencé a comer el culo mientras con mi otra mano le masturbaba despacio. Le metí la lengua tan profunda que casi comencé a preocuparme que no estuviera limpio. No encontré nada raro mientras estaba saboreando su culo.

Le volví a mamar de nuevo, de la polla al culo y del culo a la polla. Mostrándome un experto mamar de primera.

—Qué culazo cabrón, qué culazo.

—Reviéntame —suplicó.

—¿Cómo te revienta Melchor? —dije intentando obtener algo nuevo.

—Ese cabrón solo quiere al boxeador, ya no tiene tiempo para romperme el culo... y resulta que ahora queda contigo.

—¿No te da lo que te mereces?

—No, tengo ganas de macho. Zumba fuerte ahí detrás, Alejo.

—Vamos allá.

Con tanta información, me puse como un perro pensando en Sergio siendo empalado con la cadena de las fotos y el cuello del Doctor Gasol. Aunque una brizna de remordimiento llegó al imaginar eso.

Puse saliva en mi polla y empujé con fuerza en su ano, bien abierto con mi lengua. La misma que en ese momento disfrutaba de su cadena de oro mientras le embestía con cuidado. Deseaba que Fran sufriera, y mis veinticinco centímetros iban a intentar que así fuera.

—Dame rabo, ¡joder! —ordenó.

—¿Todo?

—Hasta el final.

Seguí sus instrucciones, y le di fuerte, metiéndola lo más profundo que podía, que era bastante, uniendo mi pecho con su espalda, hasta que mi cruz de plata tocaba la cadena de oro de su nuca.

—Me vas a romper el puto culo — dijo asustado entre los gemidos de placer.

—¿Importa?

—Es mi puto culo, ten cuidado, es demasiado gorda y larga.

Seguí empujando sin piedad, pensando que si acababa sangrando se lo merecería. Pero ese tío tenía aguante, porque su culo tragón no se resentía por más fuerte que le embistiera. No le di tregua a su ano, hasta que le comuniqué que iba a correrme. Se dio la vuelta, se agachó y comenzó a comer mi semen que comenzaba a brotar en distintos chorros.

—¡Qué rico! —lamió sus labios tras tragar la ambrosía de mis huevos.

Tras acabar, estábamos los dos sudados y nos reímos por el vicio que habíamos desprendido.

—Tengo que irme, mañana trabajo pronto. ¿Nos volveremos a ver? —propuso.

—Quizás —dije.

Fran se vistió y vi como salía de la pequeña casa de Villaverde, pensado por qué alguien como él tenía que violar a otro hombre, pudiendo tener a quien quisiera. Supuse que sería el ansia de poder del género humano sobre otra persona, sobre todo si era alguien tan impresionante como Sergio.

Si podía evitarlo, Sergio no iba a volver a ser follado en contra de su voluntad por esa escoria humana.

La verdad

Me levanté el sábado, pensando que casi había vivido un sueño el día anterior, sintiendo además un poco de remordimiento por haber disfrutado tanto con ese monstruo. Tanta información, y tantas preguntas que se acumulaban.

Sergio estaba siendo violado, y yo pensaba que era inocente e iba a demostrarlo. Ya me quedaban los últimos documentos para conocerlo todo del caso, punto por punto, hasta el mínimo detalle, desde entrevistas en programas de sucesos a sus vecinos, o columnas de opinión.

Todo parecía poco importante, amarillismo sin mucha base para hacer dinero y audiencia de dos personas muertas, y pobre enfermo que importaba poco mientras vendiera revistas y la gente no cambiara de canal.

Decenas, cientos de artículos se acumulaban en mi navegador de internet, intentando cargarse. Me metí en ellos como si mi instinto de investigador quisiera expresar cualquier detalle por ínfimo que pareciera.

Lo primero fue buscar otros asesinos entre las posibles líneas de investigación que usó la policía, cosa que descarté rápidamente porque Marta parecía una chica normal, buena persona, sin grandes problemas económicos por la posición de Sergio y su herencia llegada por vía materna.

Después estuve investigado a sus compañeros de gimnasio, chicos guapos y musculosos que le apreciaban mucho. Sabían que había tenido problemas hace años, pero comentaban que hasta la pelea con su mujer no tenía prácticamente medicación y estaba muy estable, y en ese estado había pasado años. Disfrutaba de su trabajo, no le hacía falta más que eso para estar a gusto.

Su médico era contundente en una entrevista tras declarar. Sergio estaba bien, y lo último que quería era que cayera en un pozo de nuevo. Controló mucho las dosis que le entregó, una caja de somníferos para que pasara los días, dos al día por la noche y poco más. Era un medicamento fuerte, lo sabía, y quizás por eso según su opinión le dio las pastillas a su familia antes de matarlas.

Ángela y Jesús estuvieron en un programa de televisión, no con poca audiencia, explicando que nunca hubieran esperado eso de su propia familia. Contaban al público que esperaban que entendieran que lo seguirían defendiendo, porque así lo sentían como consanguíneos. La enfermedad no debía lastrar a otras personas que la tuvieran, y los somníferos no eran la razón, pues el mismo Jesús los tomaba en ocasiones desde hacía tiempo.

Claro, que lo que me llevó a atar cabos fue descubrir la impresionante herencia que un programa de investigación contaba que había dejado el chico. Cientos de hectáreas de

tierras, repartidas por toda la región, que ahora controlaba su hermana como tutora tras su incapacidad mental.

Todas las piezas encajaron en mi cabeza, Sergio era inocente y debía sacarlo de allí antes de entregar al verdadero asesino: ¿Su hermana?

Me puse ropa abrigada, y metí la navaja suiza que me iba a ayudar a abrir la puerta trasera del sanatorio. Tras de mí, cerré la puerta de la casa del pueblo, que en ese momento del sábado no sabía que no pisaría de nuevo.

Sergio debía salir de allí, o por lo menos antes de ello, responderme unas preguntas para poder ayudarlo. No merecía seguir en el calvario por el que estaba pasando.

Besé la cruz de plata antes de meterla en la ropa, no por motivos religiosos, porque ya sentía que era mi amuleto por todo lo que significaba. Sintiéndome seguro de hacer lo correcto, tomé camino entre el frío de la sierra de Cuenca.

Continuará...

Otros trabajos de la serie de Alejo Gallardo

La hora de los chicos malos: Novela completa con extras

<http://www.amazon.com/dp/B00PR355XC/>

El primer caso de Alejo Gallardo. Es la historia de Mario y Beltrán, dos hombres muy distintos que se encontrarán en un mundo hostil a su amor, sobre todo debido a las clases sociales que les separan en un Madrid que llega mucho más allá de la ciudad. El cuerpo perfecto de Mario y el encanto innegable de Beltrán formarán una unión explosiva, a la que se unirán una novia celosa, un amigo vicioso, un detective diferente o un extraño acosador. Juntos dan forma a una historia intrigante y trepidante, donde el sexo forma parte indispensable moviendo la rueda de sus vidas.

La llamada del instinto: Spin Off de La hora de los chicos malos

<http://www.amazon.com/dp/B00RAUJ1EO/>

Samu vive encerrado en su coraza, construida con años de esfuerzo para ocultar su realidad. Cada vez se hunde más en un pozo devorado por sus instintos, que le piden dejar de lado su cara de macho heterosexual.

Spin off para los seguidores de La hora de los chicos malos, donde podrán descubrir la cara oculta del mejor amigo de Mario.